

porque vuelvan del combate;
las mujeres no han nacido
para llamarse Guzmanes.
Los viejos llorando envían
bendiciones paternales;
y si ellos luchar no pueden,
ya lucha su misma sangre.
Inmenso mar: en los muros
van las olas á estrellarse;
mas lejos reina la calma
y el ruido del oleaje.

De pronto, allá en el alcázar,
esclama una voz vibrante:
«¡Victoria por Don Enrique
y Madrid por sus parciales!»
A este grito, que repiten
otros cien, por todas partes
se agrupan los madrileños
en confusion espantable.
Con voz amarga de cólera
«¡traicion! gritan; ¡morir antes!»
Cruza en los ojos de todos
el relámpago de coraje,
y en un círculo de hierro
los madrileños se baten,
á sus juramentos fieles
y al rey Don Pedro leales.
Por la espalda los hirieron,
impunes, siempre ocultándose;
á quien le pagan un crimen
escondiéndose lo hace.
Y el que vende brazo y honra
por el oro miserable,

vale tan poco, que él mismo
conoce que nada vale.

Ya es Madrid de Don Enrique,
ya se ha atrevido á asomarse
en el balcon del alcázar,
y saluda á sus parciales.
Ellos la plaza llenando,
se esfuerzan por aclamarle,
como es tan pródigo, puede
buen entusiasmo pagarse.
Tras el rey está la vieja;
aun la victoria alumbrándole
con el candil en la mano
y avaricioso el semblante.
Cumplióla el rey la promesa;
y ornó desde aquella tarde
candil de plata la puerta
de la casa miserable.

Fué con el tiempo aquel sitio
poco á poco trasformándose,
y la historia del candil
vino á dar nombre á una calle.
Pequeña es, cual la memoria
del suceso lamentable,
tan pequeña que á la luz
de un candil puede alumbrarse.

Una infame, un fratricida,
traiciones y hombres cobardes...
para alumbrar tales cosas
la luz de un candil es grande.

J. C. y S.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Cárretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El Nuevo Mundo.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1485 y 1492.

I.

Cercano al puerto de Palos
álzase en una eminencia
un majestuoso edificio
de arquitectura severa.
Convento es de franciscanos
de la Rábida, y su regla
dirige el virtuoso y noble
fray Juan Perez de Marchena.

Confesor fué en otro tiempo
de la Católica reina,
y ora comparte la vida
entre su Dios y la ciencia.

Con pasó incierto y cansado,
por la tortuosa senda
que al Monasterio conduce,
véñse avanzar á la incierta
luz del crepúsculo, un hombre
y un niño á quien dá la diestra.

El hombre, según su aspecto,
aun ocho lustros no cuenta,
pero en su grave semblante
y en su frente altiva, impresas
tiene de dolor profundo
las indestructibles huellas.
En sus ojos penetrantes
Dios con su soplo alimenta
la luz que en algunos séres
privilegiados destella.
Tierno retoño es el niño
de aquel titán de la idea:
sin madre ya, dolor solo
vió en ocho años que cuenta.
El traje de entrambos, es
padrón vivo de pobreza;
mas ¡cuántas veces la gloria
en sus harapos se hospeda!...

Vibra plañidera al viento
la campana; sus cabezas
descubren los caminantes:
póstranse humildes en tierra,
y el hombre esclama, surcando
por su faz noble y severa
una lágrima:—«¡Otro día
perdido! ¡llanto y miseria
en vez del mundo, la gloria
y las riquezas inmensas
que allá en el mar de Occidente
mi vista clara penetra!»—
¿Será loco? Tal le juzgan
su patria la altiva Génova,
Portugal, y aun quizá España,
á las que un mundo ofreciera.
¡Un mundo!... ¿Y promete tanto
quien pide de puerta en puerta?

Por fin ya la caridad
sus alas abre benévolas,
y los tristes viajeros
en el Convento se hospedan.
Pronto el elevado porte
y distinguidas maneras
del genovés, simpatías
en el corazón encuentran
del Prior, quien deseoso
de penetrar sus ideas,
sostiene con él continuas
y elevadas conferencias.
Al cabo, la erudición
del genovés, la certeza

de sus palabras, sus cálculos,
la convicción que demuestra
en su acento, y sus miradas
de que hay una tierra nueva,
quizá vírgen, á Occidente
entre las brumas envuelta
del Atlante, y de que el mundo
es semejante á una esfera,
acaban por infundir
en el Prior tal certeza,
que su apoyo le promete
para realizar su idea.
Así, pues, una mañana
que al sol el alba las puertas
entreabre del firmamento,
tiene lugar esta tierna
despedida, entre Juan Pérez
y el hijo ilustre de Génova.
—«Partid, Colon; dice aquel:
dirigíos con presteza
á la corte, y si esta epístola
mi sucesor Talavera
llega á leer, es seguro
que os presentará á la Reina.
Ella es de corazón noble,
viva, entusiasta y resuelta:
si su auxilio no lograís
no lo espereis en la tierra.»
—«Gracias, Cristóbal Colon
con voz balbuciente apenas,
murmura. ¡Cómo pagaros!...»
—«Me dais harta recompensa,
interrumpe el otro, haciendo
que inmortalizado sea
mi nombre, uniéndose al vuestro
en tan colosal empresa.»

Parte Colon á la corte
de esperanza el alma llena,
que por fin la religión
comprendió al génio y la ciencia.

II.

Han pasado algunos años
desde que partió anhelante
de la Rábida Colon
para realizar sus planes.
En este tiempo, ¡qué intrigas,
desengaños y ruindades

el genovés ha sufrido
con alma esforzada y grande!...
Sometido su proyecto
de los sábios al exámen,
se desecha en Salamanca
por absurdo y deleznable.
Su fé, no obstante, le anima;
con tal revés no se abate,
y en las huestes castellanas
pelea contra el alarbe.
Mas todo en vano; resuelve
por fin á Francia marcharse,
y ¡oh dolor! España pierde
un mundo por ignorante.
Arde en tal punto Castilla
en zambras, fiestas y bailes,
que en la Alhámra de Granada
al cabo ondulan triunfantes
de Aragon y de Castilla
los gloriosos estandartes.
Y en tanto Colon se aleja
para siempre: en su semblante
vá el dolor que hizo en su pecho
la esperanza al quebrantarse,
y muerto queda en su mente
aquel ensueño gigante.
Pero no, que ante la córte
torna por órdenes reales
y la reina conmovida
dirígele aquestas frases.
—«A mi ruego el rey dispuso
que ante la córte tornases,
pues no es justo pierda España
ocasion de ser mas grande.
Pide cuanto necesites
y un mundo á mis plantas tráeme.»
—«Observad, dícela el Rey,
que tras los gastos y afanes
de la guerra, está el tesoro
en situacion lamentable.»
—«¿Y qué importa? Le replica
la reina, inspirada alzándose,
rojos de emocion los párpados,
rojo de dicha el semblante;
si lo exhausto del tesoro
no permite gastos tales,
tomad, ahí teneis mis joyas:
y feliz yo si al fin valen
no para fútil adorno,
no para vano realce,

para conquistar un mundo
y la gloria inestimable.»

—
Postrado, Colon, de hinojos
cae á tan sublimes frases,
y en espresivo silencio
quédanse los circunstantes.
Este mutismo el aplauso
es mas elocuente y grande
de los hechos que en la historia
son gloria de las edades.

III.

Míranse en breve de Palos
en la risueña ensenada,
meciendo sus blancas velas
al viento de la mañana
tres naves, con aparejos
de viaje, y empavesadas.
Santa María se nombra
la de mayor importancia,
y las otras mas pequeñas
la *Pinta* y *Niña* se llaman.
La muchedumbre en silencio
se agrupa sobre la playa;
y los que van á embarcarse
antes de partir desmayan,
oyéndose solo en torno
ayes, suspiros y lágrimas.
Un hombre no mas, Colon,
en cuyos ojos irradia
mas que nunca la fé pura
de su conciencia inspirada,
la serenidad conserva
y el gozo brilla en su cara.
Por fin, de partir retumba
la señal, y al mar se lanzan
las carabelas ligeras
por feliz viento impulsadas,
viéndose hundir poco á poco
sus velas en lontananza.
La tripulacion, tranquila
permanece hasta Canarias,
pero así que de sus ojos
huyen sus picos, estalla
la tempestad en los pechos
y el ánimo se acobarda,
que siempre al hombre, terror
lo desconocido causa.

Un mes hace que navegan

divisando cielo y agua
 tan solo, que los países
 de que el genovés les habla
 deben existir sin duda
 en su mente estraviada.
 Para colmo de terrores
 á la nave capitana
 falta el timon, y ya todos
 claro nuncio de desgracias
 en tan fácil contratiempo
 observan, y frases lanzan
 contra Colon, que preludian
 de la tempestad humana
 mas que otra alguna terrible
 las huracanadas ráfagas.
 Hay quien quiere darle muerte
 y arrojar su cuerpo al agua,
 y quien propone amarrarle
 y torcer el rumbo á España.
 Ya su autoridad ninguno
 respeta, y por fin estallan
 contra el genovés á bordo
 gritos de muerte y venganza.
 En tan supremo momento
 entre la chusma se lanza
 Colon, y con frente altiva
 dirígela estas palabras.
 —«Insensatos, sosegáos:
 si es que una víctima os falta,
 aquí me teneis: mas antes
 cual reo pido una gracia.
 Esperad solo tres dias,
 y si á la tercer mañana
 no veis tierra, mi cabeza
 á impulsos del hierro caiga;
 y ahora os la diera gustoso
 si ella un mundo no encerrara.»

En aquel plazo ¡qué angustias
 sufre su alma esforzada!
 Por fin, al segundo dia
 véñse en las inquietas aguas
 hojas y flores de arbustos,
 y en el palo mayor canta
 un pintado pajarillo,
 á cuyo aspecto, entre lágrimas:
 —«¡Benéfico mensajero,
 Colon, inspirado esclama;
 voz de la inmortalidad
 es la tuya plateada:
 al par que salvas mi vida
 á un mundo entero le salvas!»
 Al tercer dia, entre aromas
 vírgenes que el aire mana,
 y entre bullidoras ondas
 que humildes su costa bañan,
 á la voz de ¡tierra! una Isla
 llena de verdura, se alza
 de los cansados marinos
 á las inciertas miradas.
 «¡Gloria á Colon!» todos gritan;
 y este, ya en tierra la planta,
 bésala, y grita tambien:
 —«¡Gloria, sí, mas gloria á España!»

La ingratitude y la envidia
 hicieron despues amarga
 su gloria á Colon, que al cabo
 tornó entre hierros á España.
 No importa: ¡su nombre vive
 entre inmarcesibles palmas!
 ¡Que tanto el hombre consigue,
 tanto el génio y la constancia,
 si puro el pecho conserva
 la fé que de Dios emana!

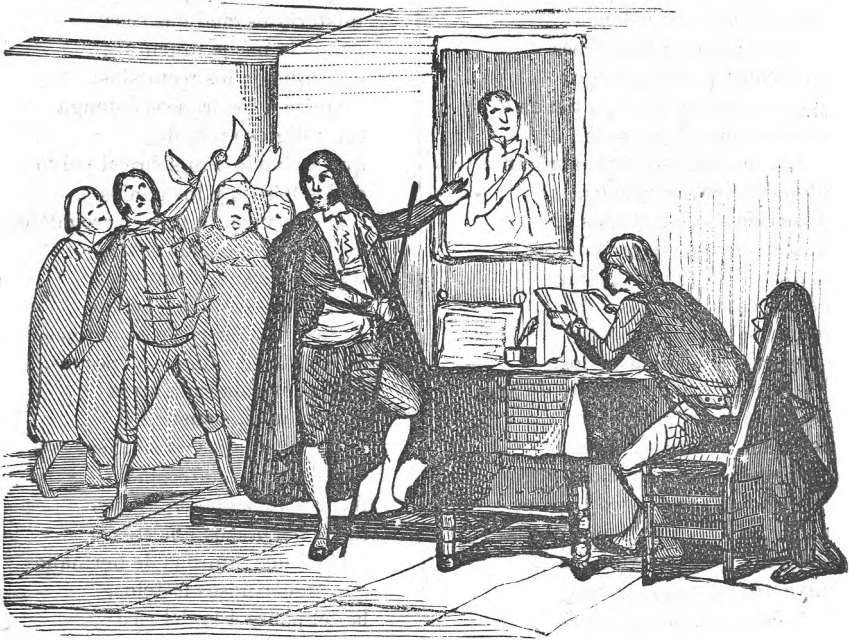
F. S.



ES. PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
 LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
 Carretas, 9.

MADRID: 1871.
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
 Rollo, 6, bajo.



El Alcalde de Góstones.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1808.

I.

Si es consecuente cadena
la obra paternal cumpliendo,
hijo es el hoy del mañana
en la herencia de los tiempos,

El porvenir, pátria hermosa,
hácia el caos del silencio
con su mano inevitable
te marca un fatal sendero.

¡Ay de tí el día nacido
para el lauro y el desprecio,
en que los hombres levanten
de los hombres el proceso!

Quando enterradas acciones

comparezcan al tremendo
fallo con que hable la historia
ante un mundo venidero,

La sentencia indestructible
frase á frase irá cayendo,
grabada sobre sus frentes,
á los nobles y á los réprobos.

Yo sé que serán tus días
marcados con puntos negros,
pátria, como hijos bastardos
de otros que tu orgullo fueron.

Solo brillará en tu noche,
como un relámpago eterno,
un instante que viviste
en muchos siglos de sueño.

Despojada tu cabeza

del casco de los guerreros,
cubiertas tus sienes pálidas
con las hojas de beleño,

En el altar de los héroes
yace consumido el fuego,
y en la estensa Europa tiende
su cabellera el incendio.

Las montañas que te abrigan
despiden torvos reflejos,
y corrientes de gemidos
buscan reposo en sus huecos.

Asomó el águila encima
de los altos Pirineos,
con su salvaje graznido
convocando á sus hijuelos.

¡Oh, qué muchedumbre de alas
oscurece el firmamento
como tempestad sombría
condensándose á lo lejos!

Francia arrojó sobre España
un brazo de aquel tremendo
Cain de la especie humana,
cuya voz siguen ejércitos;

Y las montañas se doblan,
abrumadas bajo el peso
de los carros que conducen
los despojos de los pueblos.

Y las madres palidecen
porque han visto en los aceros
ardientes manchas de lágrimas
que corroen cual venenos.

Blanca bandera los guía,
y batallones sin cuento
en son de paz, según dicen,
llenan de armas todo el reino.

A Portugal van de paso,
bien reposados por cierto,
que no es tan largo el camino
para tomar tanto aliento.

Mas ¡qué! vencedor cansado
Aníbal, en otro tiempo,
de Cápua la placentera
bendijo el dulce sosiego.

De sus cárceles de bronce
libertando rudos miembros,
pidió el manto de escarlata
y la copa de Sorrento.

Quizá, ¡oh patria! ese horizonte
medido en el blando espejo
de un mar azul é infinito

como el primer sentimiento;
Quizá esos vírgenes bosques,
misteriosos cual sus ecos,
donde la noche murmura
el himno de los recuerdos;

Quizá á los francos detenga
con religioso respeto,
que andando van sobre el polvo
de los héroes y los génius.

O aun mas, la noble arrogancia
de españoles caballeros,
los ojos de sus hermosas,
ardientes estrellas de ébano;

Flexibles cuerpos de ondinas,
santuarios de amor sus pechos,
y una leyenda cada alma
de románticos ensueños.

Tierna alianza de sonrisas
van á su paso ofreciendo;
francas todas las moradas,
todos los brazos abiertos.

Cual dos familias de hermanos
que en cariñosos festejos,
la del pobre á la del rico
su paz le brinda y su techo.

¿Quién de tanto amor se aleja?
lazos de agradecimiento
anuda el largo hospedaje
cuando es tributo de afecto.

¿Mas por qué entonces se llevan
al rey, que, aunque malo, es nuestro?
¿por qué se encierran las tropas?
¿por qué tanto alarde bélico?

¿Por qué erizan de cañones
los castillos y los puertos?
¿quienes mandan lo consienten?
O es traicion, ó es estar ciegos.

Hervia por las ciudades
la inquietud del descontento,
y las noticias volaban
como aves de mal agüero.

España ansiosa contempla
el tenebroso misterio;
rica es la joya, las armas
son impulsos del deseo.

Seducidos ó intrigantes
los que en alto ministerio
sobre el nivel de los hombres
á ser su escudo subieron.

Mas ¡ay del cruel, si el pacífico

enarca el sufrido ceño!
¡ay! si la tímida madre
—«¡anda!»—le dice al mancebo.

Y —«¡anda!»—repite la esposa
sobre el bendecido lecho,
y —«¡andad!»—la pátria ultrajada
ruge, el dogal sacudiendo.

Y allá el tambor resonante,
voz estentórea del génio
de las batallas, despierta
á las furias del averno.

II.

La tarde del Dos de Mayo,
¡amarga fecha de duelos,
y en el libro de la humana
dignidad, segundo ejemplo!

Por las campiñas de Móstoles,
lugar humilde y pequeño,
que á la córte por vecinos
tributo dan sus graneros,

Mal sufrido y bien honrado
impaciente vaga el pueblo,
á sus temores, sin duda,
mas que á su labor atento.

Torcidos lleva los surcos,
pero los ojos derechos
al horizonte lejano,
donde ve de tiempo en tiempo

Alzarse humeantes columnas
de enrojecidos estremos,
grupos de gentes que vienen
y traen en el rostro el miedo.

A su secretario miran
volver, de coraje trémulo;
enviado fué á la córte
por voluntad del concejo.

Y antes que todos se acerquen,
separándole en secreto,
cosas ha dicho al alcalde
que le han arrancado un terno.

A grandes pasos caminan;
los vecinos van reuniendo;
por las calles desemboca
el amotinado séquito.

Y la casa de la villa,
los escalones subiendo
dos á dos y cuatro á cuatro

tras del alcalde, invadieron.

La vara lleva en el puño,
en la otra mano el sombrero,
en redecilla y coleta
cogido el blanco cabello.

Gruesa la cara espansiva,
chaqueton de paño negro,
media verde alagartada
y calzon corto y estrecho.

Anchos zapatos de hebilla;
bien formado y bien dispuesto,
hombre de vasta labranza,
buen amigo y mejor deudo.

Pero aunque afable en llaneza,
es en justicia severo,
y no hay pequeño ni grande
á quien deje impune un tuerto.

Cuadrada y luenga es la estancia;
gris la pared, alto el techo,
que sostienen y atraviesan
vigas de gordos maderos.

Un balcon llenando el fondo,
un cuadro hay que cubre un lienzo,
y un gran sillón de baqueta
debajo del cuadro puesto.

Una ancha mesa delante,
un Cristo en ella, un tintero
y un esquilon, y á los lados
varios escaños modestos.

Ya está el alcalde en su silla,
los labios muérdese inquieto;
cuantos tienen voz y voto
van á ocupar sus asientos.

Y de las puertas afuera,
como apretado hormiguero,
el vecindario se apiña,
y la sesion dá comienzo.

ALC. ¿Estamos todos, señores?

SEC. Todos estamos dispuestos.

ALC. A empujar la nave sea,
que soplan muy malos vientos.

Pues en el nombre del Padre,
persígnense lo primero;
corro al cuadro la cortina,
toco á cabildo, y silencio.

SEC. Pueblo, atrás; las puertas cierren.

ALC. Eso no, concejo abierto;
que para heridas de afrenta
no hay en la pátria otro médico.

Es su cuita, y no la mia,

:

la que ahora exige remedio,
si sus vidas hacen falta,
han de ofrecérmelas ellos.

Concejo abierto, vecinos,
y aquí, en presencia del dueño,
natural Señor, que toda
justicia está presidiendo.

Guárdeos Dios, rey don Fernando;
los reyes nunca están lejos,
pues, con su deber, los lleva
cada vasallo en su pecho.

Por la gracia de Aquel que hizo
cuanto vemos y no vemos,
y derrama en nuestros campos
la alegría y el sustento.

Por aquella Inmaculada,
allá esperanza, acá ejemplo,
madre, reina y salvadora,
rosa mística del cielo.

Estamos aquí, vecinos,
con cuidados harto serios,
mas con las manos holgando,
cuando está nuestro rey preso.

Alcalde soy, fiel me llaman,
español nací, honra tengo,
y una vida y una vara
con que juré defendello.

Y es de un roble tal, que nunca
encorvar pudo un extremo,
y tal pesa, que parece
que es el brazo de Dios mismo.

Decidme ante ella, que hiciérais
del ruin, cobarde y artero,
con quien partís generosos
los brazos, y el pan, y el lecho,

Si trama de agradecido
mataros en él durmiendo,
para alzarse con la herencia
que habeis de padres á nietos.

No mas de porque él la quiere,
no mas de porque sois buenos,
y no mas de porque dice
que la fuerza es el derecho.

UNOS. ¡Matarle!

OTROS. Echarle en pedazos
á los buitres.

ALC. Algo es eso;
mas ni es buena para buitres
la carne de los infernos.

En fin, hable el secretario,

que si dá materia el cuento,
barrunto que hay que hacer una
que suene en el universo.

SEC. Sí; cien hordas de franceses,
que en fé de amigos vinieron
al regalo de las casas
de los nobles madrileños,

No sé por dónde pensaron
que este es un pais de negros,
que aquí no hay sangre en las gentes,
ni hay mas garantías que... ¡fuego!

Que el rey era un rey de palo,
¡pardiez! y á arrancarle fueron
las hojas de su corona,
que son castillos del pueblo.

Y engañado, que no en lucha,
nos le llevan prisionero...
accion que mejor parece
de ladrones que de imperios.

Al ir tambien los infantes,
se agotó ya el sufrimiento,
y á las puertas de palacio
esperó el leon rugiendo.

En cuanto el pórtico salvan,
ruedan caballos al suelo,
salta en trizas el carruaje,
y sirven de armas los restos.

Todos. ¡Bien, viva Madrid!

SEC. ¡Sí, viva!

UNO. Yo haria lo mismo.

ALC. Veremos.

Siga el señor secretario,
y acuérdate para luego.

SEC. Un batallon de franceses
llega á palacio al estruendo,
y horrible descarga suena
sobre el gentío indefenso.

ALC. ¿Sin otra advertencia?

SEC. Nada.

ALC. ¡De héroes son todos sus hechos!
puede ser que mientras vivan
les esté zumbando el eco.

SEC. Todos con gritos de muerte
desparrámanse corriendo...
¡lo que empezó por las calles,
señores, fué un horror verlo!

No quedó piedra con piedra,
no quedó francés con hueso,
no quedó cuchillo ocioso,
ni brazo inútil por viejo.

¡Y oíanse los cañones
como un redoble de truenos,
y atascábanse las ruedas
en los charcales de muertos!

Casa á casa, palmo á palmo,
ruina á ruina...

ALC. En fin...

SEC. ¡Cedieron!

TO. ¡Ah!

SEC. Les brindaron con treguas.

ALC. Primera astucia del miedo.

SEC. ¡Oh, sí! despues... ¡pobres madres!
¡pobres inocentes huérfanos!

ALC. Siga sin lamentaciones,
que es predicar en desierto,
que en el dia de las obras
lágrimas no son remedios.

SEC. Señor, ¿no habré de sentirlo?
¡Perdí un hermano!

ALC. Pues siéntalo
si es para honrarle; mas calle
si no es su hermano en esfuerzo.

SEC. Seré: despues, cuantos iban
á sus trabajos saliendo,
en la incua paz fiados...

ALC. ¡Fiar del lobo el cordero!

SEC. Prenden, llevan á empellones
veinte á veinte, ciento á ciento,
niños, ancianos, mujeres,
sacerdotes... ¡y hasta enfermos!

Y una, y otra, y cien resuenan
cruces descargas sin término.
¡Dios los perdone!... ¡y zumbaban
unas brisas de lamentos!...

A las huérfanas familias
llevando un último beso,
¡triste adios de tantas almas
á sus hogares paternos!

ALC. Diga si hay mas.

SEC. ¡Mas, Dios mio!...

Pues sí, que un amo extranjero
nos trae Napoleon.

ALC. Ese hombre
debe haber perdido el seso!

¿Cree que se siembra un monarca
como se siembra un ciruelo?
¿cree que hay semilla que arraigue
si no la quiere el terreno?

¿Podrá ser padre en mi casa
hombre que entró á sangre y fuego?

¿podrá amar á nuestros hijos
quien no ha crecido con ellos?

¿Quién de Dios mismo recibe
otra lengua, otros afectos?

¿El que abandonó su pátria,
vendrá á la estraña á ser bueno?

SEC. Madrid llora de vergüenza,
de coraje, de horror... pero
¡ay! yace en calma de muerte,
ya no puede hacer mas que ha hecho.

ALC. Bien; en nombre de la pátria
bendigo yo su ardimiento:
señor secretario, escriba
gordo y claro, que protesto.

Ea, de rodillas, vecinos,
á rezar un Padre nuestro
en pró de aquellos valientes,
que premie el mundo en recuerdos.

La pátria es madre de todos,
una familia es un pueblo,
¡lleven los pobres hermanos
una oracion á lo menos!

¿Qué hace el ejército?

SEC. Nada.

ALC. ¿Pues por qué se llama ejército?

SEC. Su general le ha encerrado.

ALC. ¿Y no saben salir ellos?

¿Y el rey?

SEC. Abdica.

ALC. No vale.

SEC. Lo hizo...

ALC. Que no vale; dentro
de su nacion, sí.

SEC. A la fuerza...

ALC. ¿Teme á la fuerza? ¡Lo siento!
¿Qué hace España?

SEC. Calla y gime.

ALC. Bien, ¿y nosotros qué hacemos?

UNO. ¡Nosotros!!

ALC. Ahora nos toca
hablar poco, pero récio.

¿Quién manda en España?

SEC. Manda...

Murat.

ALC. Por Dios que no es cierto,
que aquí estamos en España,
y ese aquí no mete el cuevo.

Visto, en fin, que ingratos vienen
á robarnos encubiertos;

visto que en Madrid la honrada
sangre está clamando al cielo;

Visto que desamparados,
sin rey, tropas, ni gobierno,
juran ser libres, y mueren
encima del juramento;

Vecinos, yo me levanto
con una vida que tengo;
por mas fuerte que mis hijos,
Dios me manda defenderlos.

UNOS. ¡Viva nuestro bravo alcalde!

OTR. ¡Donde vaya, seguiremos!

TOD. ¡Todos!

ALC. Gracias, hijos míos,
donde hay vergüenza se hace esto.
¿Qué franceses Madrid tiene?

SEC. Cincuenta mil, por lo menos.

ALC. ¡Gente traen! Aquí esperamos...
este monton, no los cuento.

Soldados desde ahora somos
soldados y no labriegos;
á la fragua los arados,
para hacer chuzos con ellos.

SEC. Vecinos, Dios nos ayude.

ANC. Señor... mira que no es cuerdo...

ALC. Móstoles también es patria;
¡quien se vuelva atrás, le cuelgo!

UNOS. ¡Armas, armas!

OTROS. ¡A la guerra!

ALC. Dejádme acabar, silencio;
hágase con órden todo;
el heroismo es sereno.

Armas os pondré en las manos,
cuenta con los atropellos,
que las armas son blasones,
ó deshonra de los pueblos.

Portarnos como quien somos,
y morir como debemos;
dadme esos brazos, que sean
de nueva España el cimiento.

Ocho siglos de constancia
con los moros concluyeron,
y un hombre empezó á matarlos
á pedradas, desde un cerro.

Nuestros hijos y sus madres
al Señor encomendemos,
y se ha de salvar la patria;
¡tengo confianza en el cielo!

Toquen tambor, á la plaza;
voy á dar un manifiesto

á toda la faz del globo.

TOD. ¡Viva!

ALC. Se acabó el concejo.

III.

Ya no hay un hogar tranquilo,
ya ni los muertos descansan,
todo el mundo se revuelve
para hacer la guerra á Francia.

El clamor cunde en las calles,
vacíanse las moradas,
y parece que un incendio
por la villa se derrama.

De venerables rincones
salen á luz viejas armas,
y polvo y muebles se hacinan
á las puertas de las casas.

Descoyuntados trofeos
de mosquetes, cotas, mazas,
que la tradicion cubria
de tranquilas telarañas,

Y en los mas oscuros huecos
al trocarlos por azadas,
los abuelos sepultaron,
por si otra vez hacen falta,

Llenos los filos de mellas,
llenas las hojas de manchas,
para pleitos de honra breve,
pero enérgica enseñanza.

Y si algun dia sus hijos
en cuita apremiante se hallan,
hé aquí el resorte, el consejo
que á ellos les sacó de tantas.

Aceros nobles dos veces,
que dos historias consagran,
para hacer la guerra al moro,
para hacer la guerra á Francia.

Allá resuenan chirridos
y enormes pesos se arrastran,
allí el batir contundente
de forjas, martillos y hachas.

Por allá ruedas empujan,
allí herraduras machacan,
á improvisar proyectiles
y torrentes de metralla.

En corrillos los mancebos
sus atalajes ensayan,

consultando con las fuentes
lo que podrá su arrogancia.

Y por Dios, que si las cumplen,
prometen tales hazañas,
que el mas modesto de todos
sobre el Cid sube una cuarta.

De oírlos están las mujeres
dando vueltas y azoradas
como palomas de un bosque
que hierro enemigo tala.

Lloran unas por su esposo,
otras por su hijo del alma,
y otras por la dulce cuita
que muere en flor de esperanza.

Esta reza en su aposento,
esta corre á las ventanas
á ver si el amor que liora
se olvida ya de mirarla.

Los ancianos silenciosos
ya no siembran, ya no labran,
sino el campo de la muerte
con semilla de venganza.

Los que pueden con la fuerza,
los que no con las plegarias;
¡parece el último día
de otra arrogante Numancia!

Los que el peligro calculan
si lo temen se lo callan,
que al fin todo es dar la vida
para hacer la guerra á Francia.

La naturaleza solo
está tranquila, está plácida
rebosando en lumbré y pompa
sobre mantos de esmeralda.

Rica en hirvientes murmullos
de las selvas solitarias,
y en perfumes y armonía,
y en horizontes de gasas.

La cubre un flotante Océano
con inmensas ondas pálidas,
cortina que el universo
de otro universo separa.

Abismo negro á la noche
que en polvo de oro abrillantan
cien mil capullos de soles
del templo infinito lámparas.

¡Ah, qué brillantes parecen
desde su inmensa distancia,
esa lluvia de ambrosía

que en las flores vierte el alba!

Y se abren nubes de lirio
de su cáliz vertiendo auras
como labios de una virgen
que el primer suspiro exhala!

¡Qué indiferente ve el cielo
las catástrofes humanas!
ni una rosa palidece,
ni un cefirillo se espanta.

Cae un imperio entre sangre
y alaridos de batalla,
y por oriente las nubes
su espléndido sol levantan.

Y está el firmamento puro,
mécese ledas las aguas,
y los bosques y las aves
de himnos y aromas se embriagan.

¡Oh, gran Dios! ¿nada te mueven
de tus hijos las desgracias,
á Tí que oyes los suspiros
aun dentro del pecho que amas?

¿Será esa pompa un halago
de proteccion soberana
á los que humildes te imploran
para hacer la guerra á Francia?

Míralos, Señor; ya en torno
á la bandera de España,
algo piden y algo esperan
que ya á su impaciencia tarda.

Está de hombres y mujeres
de bote en bote la plaza,
como zumbido de abejas
hierve un rumor de palabras.

Un prolongado ¡ah! de gozo
circula al fin en las masas,
y en general movimiento
todos los cuerpos se avanzan.

Que ya el gran balcón se ha abierto
y ya el alcalde adelanta
con un papel en la mano
y en la otra mano la vara.

Disipa el viento el murmullo,
queda un silencio... una calma...
en que se oye el vuelo rápido
de los pájaros que pasan.

Vibra la voz, lee:

«Españoles:
»el francés huella la España,
»Madrid fué la primer víctima

»del honor y de la infamia.

»Guerra al francés; todo el mundo
»acuda á salvar la patria.

»—Hoy dos de Mayo.—El Alcalde
»de Móstoles, puesto en armas.»

Bien, ya está el guante en la arena,
firme el retador aguarda;
ya hay un pueblo, por lo menos,
para hacer la guerra á Francia.

IV.

Y aquella voz del pueblo valeroso,
como cruza el ambiente una centella,
dejando en pos de sí rastros de fuego,
corrió en alas del génio de la guerra.

A mover las cenizas de Pelayo
en su honda tumba de erizadas peñas,
del Santo Rey la espada formidable,

llave que abrió las sevillanas puertas.

La corona labrada en ocho siglos
aun tibia del calor de sus cabezas,
sin caer bajo el gran peso de rodillas
no sostendrá una frente aventurera.

Y se interpuso la nacion sin armas
al Marte horrendo y su legion de fieras,
que vió la primer mancha en sus blasones,
y caer el primer rayo de su estrella.

Y pardiez, que menguados en altura
los vencedores de Austerlitz y Gena,
mostraron que del hombre sobre el hombre
la virtud es la sola fortaleza.

¡Ejemplo eterno de los pueblos libres!
al grito de Dios, patria, independencía,
del pérfido borron del Dos de Mayo
fué la revancha á razonable cuenta.

Ya el ídolo feroz de aquellos vándalos
iba á subirse en pie sobre la tierra;
y un pobre alcalde, con su tosca vara,
desquició el pedestal de su grandeza.

J. C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HUOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



Francisco de Avellaneda.

(ANÉCDOTA HISTÓRICA.) (1)

I.

A fines del siglo quince,
cuando Isabel y Fernando
concluyeron en Granada
la lid de ochocientos años,
vivía en Madrid tranquilo
un escultor afamado,
émulo de los artistas
que á Grecia y Roma ilustraron.
Francisco de Avellaneda

se llamaba, y aunque lauros
á su mérito rendían
lo mismo propios que estraños,
siempre despreció del mundo
los dones interesados,
pidiendo al hogar doméstico
el premio de sus trabajos.
Y era que el tal por esposa
tenía un ángel humano
cuyo cariño formaba
de su existencia el encanto,
y uniendo en ella al emblema

(1) La anécdota á que se refiere este romance, está sacada de un manuscrito auténtico del siglo XVI, único documento en que se menciona el escultor Avellaneda.

de su amor apasionado
ese ideal que el artista
vá siguiendo sin descanso,
inspiracion á raudales
encontraba entre sus brazos,
y de arte y pasion sus ojos
le tenian embriagado.—

Mas ¡ay! la dicha del hombre
es, cual humo en el espacio,
vapor que el céfiro impele
sin dejar siquiera rastro;
y así el pobre Avellaneda
que dormido algunos años
descansó en la confianza
de aquel corazon ingrato,
al soplo de la sospecha
llegó á despertarse al cabo,
y el huracan de los celos
á la realidad le trajo.
¡Victima del desaliento
cayó el cincel de su mano;
maldijo el arte y la gloria
que sus penas no endulzaron;
y á trueque de ver borrada
la mentira de los labios
en cuyos rojos corales
solo el color no era falso,
cedido hubiera su génio,
sus laureles, sus aplausos,
que hasta la gloria es inútil
á un corazon marchitado!

Mas era el escultor hombre,
y sobre hombre castellano,
que ante el riesgo de la honra
no le daba paz al ánimo;
y ansiando tomar venganza
de un modo terrible y cauto,
fingió para conseguirlo
un viaje precipitado.

Dos dias estuvo oculto
en Madrid mismo; ¡dos años
le parecieron al triste
en su angustioso quebranto!
Y apenas el sol se hundia
tras el Soto renombrado
que corre del Manzanares
hasta los montes del Pardo,
envuelto en negro tabarte
y con la daga en la mano,
centinela de su honra

iba á guardarla velando.
Por fin la tercera noche
vió que con tímido paso
se deslizaba una sombra
de la pared á lo largo,
y tras misteriosa seña
á que dentro contestaron,
acceso tuvo en la casa
de su cariño santuario.
Ciego, loco, Avellaneda,
la siguió; venció el obstáculo
que la puerta le oponia
con ímpetu sobrehumano;
el vestibulo sombrío
y la escalera salvando,
en alas de la impaciencia
llegó de su esposa al cuarto,
y sorprendiendo á los viles
como sorprende el milano
las descuidadas palomas
que están de su amor gozando,
hasta diez veces en ellos
hundió el puñal toledano,
arráncandoles la vida
al uno del otro en brazos.

Un ¡ay! solo, mas terrible,
que las victimas lanzaron,
y esos ecos misteriosos
que lleva al alma el estrago,
hicieron que los vecinos
á las rejas asomados
investigasen la calle
con miedoso sobresalto.
Estaba entre ellos la suegra
del escultor, que cercano
su domicilio tenia
dentro de aquel mismo barrio,
y viendo su frente pálida
y sus ojos estraviados:
—«¿Qué es eso?—le dijo—¿ocurre
algun lance extraordinario?»
—«No os asusteis, buena madre;—
él con tono mesurado
le contestó,—vuestra hija
sufria males bastardos.
Hoy la cojió un accidente
que á todos debió pesarnos,
pues su razon se estraviaba
á pesar de mis cuidados;
mas yo con una sangría

puse término al amago,
que no hay como sacar sangre
para evitar esos daños.»—

Esto dicho, con presteza
se ocultó en la sombra, al campo
saliendo por el portillo
que de Balnadú llamaron,
y huyendo de la justicia
el inescusable fallo,
hacia el reino portugués
se dirigió sin descanso.

II.

Dos años eran corridos
desde los tristes sucesos
que el corazón del artista
de luto y sangre cubrieron,
y ya nadie en la memoria
conservaba su recuerdo,
que el olvido es en los hombres
naturaleza y remedio.

Hasta el mismo Avellaneda
de la influencia del tiempo
esperimentó en el alma
los saludables efectos,
pues conforme lo declara
un conocido proverbio,
ni hay mal que dure cien años,
ni lo resistiera el cuerpo.
Y si bien en un principio,
solo, en país extranjero,
luchó con gran desventaja
contra su destino adverso,
pasados algunos meses
tornó el valor á su centro,
cambiando el dolor agudo
en otro dolor mas lento.

Elevados protectores
entusiastas de su mérito,
por su bien se interesaron
y su indulto consiguieron;
y cuando volvió gozoso
á mirar el patrio cielo,
frecuentando los lugares
que á su niñez sonrieron;
cuando escuchó el noble idioma
que allá en días mas serenos
con música regalada

le acarició lisonjero,
creyó que á nueva existencia
nacía en aquel momento,
y que fueron sus desdichas
la pesadilla de un sueño.

Habrà quien acaso juzgue
pronto y fácil su consuelo,
quien le tilde de inconstante,
quien niegue su sentimiento;
pero el hombre es un abismo,
su corazón un misterio,
y aun no se conoce el móvil
que regula sus afectos.
Por lo mismo, no es extraño
que Avellaneda de nuevo
volviese á su antigua vida
y al arte con mayor celo;
que aspirase á la ventura...
¡Qué mucho! si al poco tiempo
á los pies de otra belleza
se le vió rendido y ciego.

III.

En una lujosa estancia
y en derredor de una mesa,
con señales de alegría
un banquete se celebra.
Epitalámicos brindis
repite la concurrencia,
dando á comprender que es boda
el motivo de la fiesta;
y á veces tal se desliza
de los amigos la lengua,
del licor y del contento
bajo la doble influencia;
tal retrata su malicia
las venturas himeneas,
que de la novia el semblante
enciende casta vergüenza.

Solo en el novio se nota
una prudente reserva;
mas á ninguno le admira
ni de que la calle recelan,
porque le conocen harto
y saben por experiencia
que no es pródigo en palabras
Francisco de Avellaneda.

Cuando el festin acabado

estuvo, y por vez postrera
daban parientes y amigos
la cordial enhorabuena,
con su ademan les detuvo
el novio, cojió la diestra
de la jóven desposada,
que por su hermosura reina,
y como si no advirtiese
sus miradas de estrañeza,
entre grave y cariñoso
le dijo de esta manera:
—«Ponderarte, esposa mia,
el gozo que me enajena
en este supremo instante,
es superior á mis fuerzas.
Omito, pues, intentarlo;
mas para que lo comprendas
por medio de obras, que en todos
cualquier duda desvanezcan,
te quiero dar una joya
de tal valor y riqueza,
que mirándola te incline
á que constante me seas.»—

Concluidas estas frases
hízole á un criado seña,
recibiendo de sus manos
un estuche de madera.
Dibujábase en la tapa
rica labor arabesca,
con preciosos embutidos
de oro, marfil y turquesas,
y en el interior, forrado

por almohadillas de seda
cuyos brillantes colores
realzaban su belleza,
una daga toledana,
de moho y sangre cubierta,
vió con sin igual asombro
la reunion placentera.

Sobrecogida la esposa
lanzó un jay! con honda pena,
cambiándose sus claveles
en pálidas azucenas;
pero ageno á sus angustias,
y á la creciente sorpresa
de aquellos, cuya memoria
despertó la triste prenda,
volvió á tomar la palabra
el honrado Avellaneda,
y así con noble mesura
terminó sus advertencias.

—«Mira siempre en esa daga
una muda consejera,
un espejo á quien consultes
el rostro de tu conciencia;
y no dudes, mujer mia,
que mientras fies en ella
sabrás conservar incólume
tu primitiva pureza,
porque guiando tus pasos
á la virtud mas severa,
ha de impedir que á tu esposo
aun de pensamiento ofendas.»

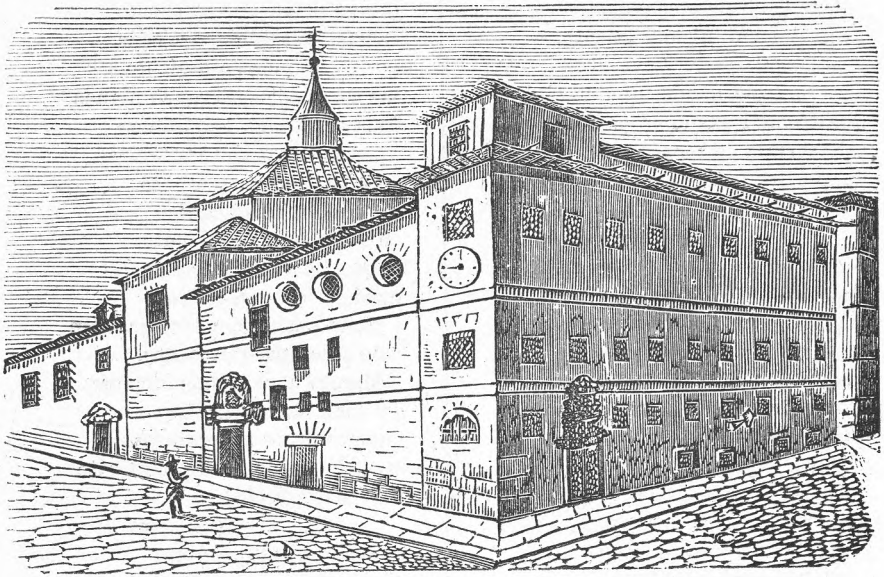
L. V. y D.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1871.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,
Rollo, 6, bajo.



El reloj de San Plácido.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I.

En derredor de una mesa,
donde manjares diversos
en confusion esparcidos
son de una cena los restos,

Dos personajes celebran,
con ánimo desvuelto,
las mil picantes palabras
de un personaje tercero.

Y en medio de la alegría,
de los placeres en medio,
indican sus ademanes
la sumision y el respeto.

A un brindis sigue otro brindis,

á un chiste siguen doscientos,
y en tanto marca una aguja
el triste giro del tiempo.

De pronto el mas arrogante,
el de blasones mas bellos,
el que en sus ojos llevaba
la majestad y el imperio,

—Basta, les dijo, una empresa
nos trae aquí, y no debemos
sin conocer sus detalles
llevar la empresa á su término.

Que cuente el buen Villanueva
sus inauditos esfuerzos
para vencer las virtudes
que viven en su convento.

—¡Señor, quizás sean mas grandes de lo que juzgais!

—Lo creo.

—Que la abadesa es persona de muy buen juicio y talento.

—¡Hola!

—Cuando fuí á decirle nuestro arriesgado proyecto, sobrecogida de espanto, me puso el grito en el cielo.

—¡Al patrono!

—Preguntóme si era tenaz vuestro empeño, que desde cuándo adorábais á Margarita en secreto.

La vió al profesar, la dije, sus gracias le sedujeron, y fué su inocencia aroma que embalsamaba su pecho.

Quiso olvidar sus encantos, buscó á sus males remedio, muy lejos de ella le ansiaba, y para hallarle era lejos.

Por eso junto á su lado buscando viene un consuelo, y hoy vuestra licencia pide para calmar sus deseos.

—¿Y contestó?

—Su respuesta

fué muy precisa á lo menos; Entre Dios y el rey, me dijo, decid que Dios es primero.

Que las santas religiosas que á mi cuidado conservo, jamás pisarán del crimen el floreciente sendero.

Que el rey es noble, y que nunca querrá dejar en un pecho, en vez de una paz tranquila, un triste remordimiento.

—¿Qué tal, conde-duque?

—Digo

que es un sermón de los buenos, que madres predicadoras debieran tener los templos.

—Continuad.

—Pues bien; yo al punto mi autoridad ejerciendo, en espresiones severas troqué los humildes ruegos.

Con esto, y con un mandato de mi soberano y dueño, tan ofuscada quedóse que se sumió en el silencio.

Mas, de repente, asaltada por no sé qué pensamiento, me contestó:—¿El rey lo manda? Está muy bien; le obedezco.

Aquí esta noche á las doce, cuando terminado el rezo las religiosas descansan en su tranquilo aposento,

Decidle al rey que á la cita puede acudir sin recelo, y hasta esa hora, que os guarden bajo su amparo los cielos.

Marchó á su celda, y dejéme del todo tan satisfecho, que pronto de mi promesa tendreis un buen cumplimento.

—¡Magnífico!

—De mi casa parte un pasillo secreto, que hasta una puerta conduce sin inquietudes ni riesgos.

Y para entrar en los claustros con el debido misterio, no falta mas que una llave... esta es la llave; os la entrego.

—¡Venga una copa, y al punto brindemos todos!

—Brindemos.

—¡A la salud de la monja!
—¡A su salud!

—Al convento.

Cogió una lámpara el conde, y á Villanueva siguiendo, por el pasillo adelante en pos del rey se perdieron.

Y ya no se oyó mas ruido que los misteriosos ecos de aquel relój, que marcaba el triste giro del tiempo.

II.

Hay en Madrid una iglesia, que de San Plácido llaman, y al lado un pobre convento de muy mezuquina fachada.

Allí alejadas del mundo,
cifrando en Dios su esperanza,
dejó en un tiempo la córte
sus mas elegantes damas.

Y en santo recogimiento,
en elocuentes plegarias,
las religiosas sentian
los puros goces del alma.

¡Blancas y hermosas palomas
en dulce nido encerradas,
sin otros bienes que aquellos
que de la virtud emanan!

¿Quién quiso vuestra inocencia
pisar con su torpe planta?

¿Acaso toca en los cielos
por mucho que vuele el águila?

Es una noche sombría,
noche misteriosa y vaga,
llena el silencio los claústros
como una tumba sagrada,

Y hay un ambiente tan puro,
una soledad tan lánguida,
que los sentidos se aduermen
del pensamiento en las alas.

En éxtasis delicioso
la noche acaso girara,
á no turbarle una llave
por dura mano forzada.

Llave, que abriendo una puerta
de proporciones escasas,
dá paso á tres embozados
que entre las sombras se marcan.

Giran el rostro á ambas partes,
ven la estension solitaria,
y débilmente deslizan,
entre ellos, breves palabras.

—¿El coro?

—Allá á la derecha.

—¿La celda?

—A la izquierda se halla.

—¿Y estará sola?

—Sin duda.

—Acompañadme á la entrada.

Siguieron la galería,
y entre inquietudes livianas,
con tal sigilo se mueven,
que no parece que avanzan.

Ya ven el fondo; ya tocan
el término de sus ánsias;

mas ¡ah! cuando algunos pasos
tan solamente les faltan

Se abre una puerta; al instante,
como volcánica llama,
una claridad inmensa
la oscura bóveda baña,

Y, con antorchas brillantes,
miran salir de una estancia
á todas las religiosas
en procesion ordenada.

Cuatro, en sus hombros, conducen
el féretro de una hermana,
y en dulces notas sentidas
sus tristes cánticos alzan.

Estáticas las contemplan,
se trueca en pavor su audacia,
y al desfilar por delante
la comitiva angustiada,

En el reloj del convento,
como quejido de un alma,
con melancólico timbre
las doce suenan pausadas.

Quieren huir; pero en vano
con sus deseos batallan,
que aquellos tristes despojos
tal impresion les arrancan,

Que sus grandezas humilla
ante la fúnebre caja,
con Villanueva y el conde,
Felipe IV el monarca.

Y de sus lánguidos ojos
dejando escapar dos lágrimas,
borrar pretende con ellas
de su conciencia una mancha.

III.

Aun es de noche; el reposo
sus alas tiende amorosas;
ningun acento se escucha
vagar por las negras sombras.

De aquellos dulces lamentos,
que reflejaron las bóvedas,
perdidos ya en el espacio,
ni un solo recuerdo brota.

....Allá en apartada celda,
entre mortales congojas,
estrechamente abrazadas
dos santas mujeres lloran.

Y no mas blancas se muestran